



Alas de Marmol
MARCOS BRAVO

EXTRACTO

Reservados todos los derechos de autor. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, y establece indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujesen, plagiaran, distribuyeres o comunicaren públicamente, en todo o en parte, esta obra literaria, en cualquier tipo de soporte y medio, sea físico o digital, sin la previa autorización.

Obra registrada en SAFE CREATIVE con número de registro
2103167189385

Año: Reedición de 2021

Diseño de portada: Marcos Bravo

 **@AutorMarcosBravo**

Ilustraciones por SANDRA CUMPLIDO

Instagram@sandra.cumplido

CAPITULO I

La bala

¡BANG!

Mario Hidalgo tenía veinticinco años, y esta vez, después de muchos años, sentía que no tenía el control de su vida. No vio venir aquella bala. No lo mató, pero sintió en su costado como la ardía dentro de sus entrañas. Dio pasos lentos en el camino, con su mano ensangrentada sosteniendo la herida. No sabía dónde acudir, solo caminaba, solo avanzaba sin destino cierto. Solo podía caminar, porque sabía qué, si se detenía, tal vez, no hubiera podido levantarse de nuevo.

Mario aún no había podido derramar una sola lágrima, a pesar del profundo dolor que le comía el corazón y de la opresión de su garganta. No dejaba abrir las compuertas de su lagrimal, las únicas gotas que dejaba salir, era la sangre que aún salía de su costado. Con giro esquivo logró que la bala no le atravesase el corazón, pero no pudo evitar que le alcanzara. “Quizá sea mejor morir de un disparo mortal, que desangrarte poco a poco con este dolor sepulcral.” – Pensó Mario.

Tenía los ojos demacrados y una postura encorvada. Sus pasos eran inciertos y sus ojos no distinguían con claridad lo que ocurría a su alrededor. Sentía como le quemaba todo el cuerpo y a la vez un frío que le entumecía los músculos. A lo lejos pudo ver una aldea pequeña. Tenía que sacar las fuerzas de donde fuera. Tenía que llegar allí. Pero ya no

podía más. Sentía que en cualquier momento besaría el polvo y no volvería a levantarse.

Sus rodillas comenzaron a temblar, no conseguía que su mente moviera las piernas. Estaban petrificadas. Cayó con una rodilla en tierra y con una mano intentaba alcanzar la nada mientras se presionaba su costado. No podía más. Cayó desplomado en mitad de aquel camino sin dueño. Poco a poco sus ojos solo veían bultos borrosos, y en pocos segundos, la oscuridad.

El sol de la tarde se reflejaba en claroscuros sobre su cuerpo tendido. El polvo del camino se extendía sobre su espalda mientras una brisa movía sus cabellos. Y nada. Él no sentía nada. Unas gotas de sangre sollozaban sobre la tierra como notas de piano susurrando. Pero él, no sentía nada.

En ese mismo instante, una ardilla subía por una rama. Una hormiga transportaba una gran hoja sobre su cuerpo. Y él, nada. A unos kilómetros, una niña bailaba una canción girando sobre sí misma con su vestido nuevo, mientras su abuela zurcía una manta a ganchillo. Y él, nada. Lejos de allí, un señor podaba la parra de su jardín, mientras su gato perseguía un saltamontes por el patio. Mientras, Mario estaba tendido, el mundo giraba en su sentido sin esperar a nadie con su inexorable rutina prescrita.

Se despertó sobresaltado y empapado en sudor sobre una mullida cama. Miró a su alrededor y no reconocía aquel lugar. Era acogedor. Una bonita casa con muebles de madera de pino y una chimenea de piedra que consumía con sus dientes unos troncos haciéndolos crujir. Se intentó incorporar, pero un fuerte pinchazo en el costado le retorció de dolor y se volvió a tumbar. Al mirarse bajo la camisa tenía la herida tapada con una gasa que rodeaba su cintura.

- Buenos días, mi nuevo paciente. – Dijo un señor sonriendo entrando en la habitación, era alto de bigote fino y con algunas canas.
 - Buenos días. ¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Quién es usted? – Mario estaba confundido.
-

- Mi nombre es Iñigo Gallado. Soy médico. Estás en la aldea. Suerte que estaba pasando unos días aquí. Unos chicos te encontraron a las afueras, tendido en el suelo y te trajeron aquí. Tenías una herida muy profunda en el costado, muchacho.
- Ya. – Dijo Mario.
- Pero tranquilo, entre mi mujer Victoria y un servidor, te hemos curado y ya está todo bien.
- Muchas gracias, de veras.
- Era una bala, amigo. Eso no se ve todos los días. ¿Qué pasó don...? – Preguntó Iñigo.
- Mario, me llamo Mario Hidalgo. Pues no recuerdo bien, iba caminando y de repente sentí el disparo.
- Un poco extraño, ¿no le parece?
- Sí. Debí de ser una bala perdida de algún cazador de la zona. – Mario trató de salir del paso, sin dar demasiadas explicaciones.
- Llevas dos días durmiendo, has tenido fiebre muy alta, pero parece que ahora te ha bajado. – Mirando su termómetro. – Sí, treinta y siete y medio. Eso es bueno. ¿Cómo te encuentras, Mario?
- Pues me duele bastante.
- Has sobrevivido de milagro. Si no llego a extirparte esa bala, no estarías aquí para contarlo.
- Muchas gracias, pero tengo que marcharme. – Mario trató de incorporarse intentado no mostrar el dolor.
- No puedes irte. – Iñigo le sostuvo del brazo y le ayudó. – Tienes que comer algo antes y coger fuerzas.

Mario sabía que no podría salir esta noche. No tenía fuerzas. Victoria preparó la mesa mientras él estaba sentado en un sofá junto al fuego. Su mirada se perdía en las rojas llamas de baile improvisado. Una angustia le golpeaba el estómago. Su mano no dejaba de sostener la herida, como si fuera a salirle el corazón de un momento a otro. Recordó los tiempos cuando la risa brillaba por todos sus poros, el sonido

de la de ella, aquella que le encantaba, por la que latía su espíritu. Esa era su misión de cada día, que sus labios hicieran paréntesis y en ese espacio el dolor no pudiese entrar. En ese instante de reflexión atemporal, una bocanada de aire amargo le salió por las narices y una fuerte congoja le oprimió la aorta. Pero seguía sin poder romper a llorar.

- Siéntate a la mesa, te vendrá bien un caldito de pollo. – Le dijo con cariño, Victoria.
- Muchas gracias. Habéis sido muy buenos conmigo sin apenas conocernos. – Hizo un esfuerzo y mostró su primera sonrisa algo forzada.

Mario apenas hablaba mientras saboreaba lentamente el caldo. Le gustaba que el humo cálido le rozara la cara acariciándole el suave olor a menta y hierbabuena. Su mente estaba en otra parte. No podía concentrarse en nada, estaba totalmente inmerso en sus propios pensamientos. Iñigo lo miraba haciéndose mil preguntas sobre el pobre chico de apariencia débil y de tez pálida.

- Bueno, Mario, cuéntame algo más de ti. – Iñigo pretendía romper el hielo.
- Pues... soy de un pueblecito del centro, trabajo de... administrativo... - No le salían las palabras. – Perdóname, Don Iñigo, no me encuentro muy bien. Yo no soy así, de veras, pero es que, no sé... - No sabía cómo acabar la frase.
- No te preocupes Mario, come tranquilo, has vivido una situación muy difícil, has estado a las puertas de la muerte. Eso descoloca a cualquiera. – Iñigo era muy comprensivo. – Ahora prueba una trucha fresquita que compré ayer.
- Lo siento Iñigo, pero es que siquiera me entra la sopa, estoy haciendo un esfuerzo por comer, pero es que no me entra nada. Tengo el estómago totalmente cerrado.
- No te preocupes, Mario. Sé que no es de mi incumbencia, pero si necesitas ayuda o hablar, puedes confiar en mí.
- Gracias, de veras. Pero no sé ni cómo empezar. Son

tantas cosas. Mi cabeza es un torbellino, apenas puedo decir nada.

- ¿Estás metido en algún lío? ¿Alguien te busca?
- No, no es nada de eso, tranquilo.
- ¿Es sobre una mujer? – Le preguntó Iñigo, a lo que Mario asintió con la cabeza. - ¿Cómo se llama? – Iñigo percibía la razón de su angustia.
- Nicole. Pero de verás que no quiero hablar de ella.
- Lo comprendo.
- ¿Podría descansar esta noche aquí? Mañana temprano tengo que partir.
- Claro, Mario. Lo que necesites. Y, si quieres quedarte más, puedes. – Le dijo Victoria.
- Muchas gracias. – Replico con un gesto de dolor por un repentino pinzamiento en el costado.
- Déjame ver como tienes la herida. – Le dijo Iñigo levantándose de la mesa. – Parece que está mejor que ayer. Pero los puntos son muy recientes, vas a tener que tener mucho cuidado.
- No te preocupes. Lo tendré.
- Descansa, Mario, lo necesitas.
- Gracias Iñigo y Victoria, de veras.

Mario caminaba despacio para volver a acostarse. Con una ansiedad terrible, se arrojó con dos mantas y aun así seguía temblando. La noche se le hacía eterna. Por la fiebre tenía continuas pesadillas que le impedían dormir. A cada instante se levantaba sobresaltado y confundido. Fue en ese instante, en esta noche concreta, que se le instaló la angustia en el sistema límbico, tal vez para siempre. Esa noche fue la peor noche de toda su vida. En su mente extendía el brazo al lado derecho de la cama, pero no había nadie, solo el gélido frío de las sábanas. Ella no estaba allí, donde debía estar, al otro lado con los pies entrelazados. Mario se quedó encogido como un ovillo en una esquina de la cama, temblando.

Los primeros rayos del sol entraron por la ventana, sus párpados se abrieron y la luz eran como dagas en sus ojos. Miró el reloj de la pared. Las siete y media de la mañana.

Mario se levantó de la cama despacio, intentado aguantar el dolor de su costado que le dolía a rabiar.

- Maldita bala. ¿Por qué me disparaste? ¿Qué te está pasando? – Se dijo entre dientes.

Al incorporarse vio sobre la mesita una libreta vacía, tenía grabado en letras doradas *Prontuario*, junto a ésta había una nota. La leyó atentamente y la guardó dentro del cuaderno. Era un regalo de Iñigo. Se vistió despacio y sin apenas hacer ruido, salió por la puerta dejando un papel sobre la almohada de la cama.

NOTA: No sabes cuánto os agradeceré que me salvarais la vida y todo lo que habéis hecho por mí. Os estaré eternamente agradecido. Lo siento, pero me he tenido que marchar. Espero que algún día nos podamos ver y charlar en mejores circunstancias. Perdonarme, de verás que yo no soy así. Espero algún día ser el Mario que fui. Gracias, Iñigo y Victoria.

Mario Hidalgo

¿Te has quedado a medias?

Adopta tu ejemplar de ALAS DE MÁRMOL
para saber como continúa la historia.